

DR. CLAUDIO COSTA

## Las aficiones médicas de don Andrés Bello

CUANDO la expedición al mando del doctor Francisco Javier Balmis, enviada por el Rey Carlos IV para difundir la vacuna en sus dominios, pisó por primera vez tierra americana, precisamente en Venezuela, don Andrés Bello, a la sazón un mozo de veintitrés años, trabajaba como oscuro funcionario administrativo de esa Capitanía General.

\*

La expedición de Balmis es el acontecimiento médico más importante de la Colonia.

Esta embajada saludable fue recibida con júbilo inusitado por los criollos. Y no era para menos: la viruela había viajado al Continente Americano en los arneses de los conquistadores. Antes era aquí desconocida. En el ánimo hostil de los nativos, viruela y dominación española se identificaban.

El primer contacto de los mayas con los europeos data de 1511. Cuatro años más tarde apareció en aquéllos una pestilencia, *Mayacimil* o *Muerte Fácil*, caracterizada por "unos granos grandes que les podría el cuerpo con gran hedor, de manera que se les caían los miembros a pedazos dentro de cuatro o cinco días"<sup>1</sup>, y que bien pudo ser viruela. Lo cierto es que a la epidemia de 1518 sucumbió la mitad de la población autóctona de México.

En Chile la viruela se hizo presente trece años después de la fundación de Santiago, en 1554<sup>2</sup>, y cuentan las crónicas de la Conquista que de los diez mil y tantos aborí-

genes recibidos en encomienda por don Pedro Olmos de Aguilera, no le quedaban al cabo de tres años más de ciento, sobrevivientes del flagelo<sup>3</sup>. En 1591, después de algunas escaramuzas con los araucanos en Tucapel, el Gobernador de Chile don Alonso de Sotomayor optó por regresar a Concepción, "porque ya apretaban demasiado las lluvias del invierno y para ocurrir a las necesidades en que se hallaba todo el territorio, a causa de una cruel epidemia de viruelas que prendió en él y contagió también a los indios, que por este motivo no pudieron moverse contra nuestras poblaciones"<sup>4</sup>. El terror dominó a los araucanos hasta violar el culto de los muertos: abandonaron los cadáveres de las víctimas e incendiaron sus rucas con flechas disparadas desde lejos, ellos, que velaban por meses los difuntos en sus chozas, en medio de espantosas orgías funerarias, sin importarles la fetidez que despedían<sup>5</sup>.

\*

Es fácil imaginar el entusiasmo que despertó a su paso la expedición del doctor Balmis.

o tifus exantemático. Hay que advertir, sin embargo, que con el nombre de "peste" se designaba a las enfermedades contagiosas en general, inclusive al "chavalongo" y a la viruela.

<sup>3</sup> Córdova y Figueroa, P. de: *Historia de Chile*. En *Colección de Historiadores de Chile*, Santiago, 1862, tomo II, pág. 87.

<sup>4</sup> Carvallo Goyeneche, V.: *Relación Histórica y Geográfica del Reino de Chile*. En *Colección de Historiadores de Chile*, Santiago, 1862, tomo VIII, pág. 206.

<sup>5</sup> Molina, J. I.: *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del reyno de Chile, escrito en italiano por el abate Juan Ignacio Molina*. Madrid. A. de Sancha, 1788-1795.

<sup>1</sup> Cit. Morley, S. G.: *La Civilización Maya*. Fondo de Cultura Económica. México. 1953, pág. 117.

<sup>2</sup> Según Rosales, Molina y Carvallo Goyeneche. En cambio, Góngora Marmolejo acepta el año 1561, atribuyendo la epidemia de 1554 a "chavalongo"

El naturalista y filósofo viajero Alejandro von Humboldt, que anduvo por aquel tiempo en estas tierras, se hizo eco de los sentimientos contrastados y de la asociación mental que sugerían opresión y viruela y liberación y vacuna: "El viaje de Balmis será para siempre memorable en los anales de la Historia, pues por primera vez vieron las Indias los navíos que habían ido a ellas cargados de instrumentos de muerte y destrucción, llevar en aquel entonces alivio y consuelo a la mísera humanidad"<sup>6</sup>.

El 30 de noviembre de 1803 zarpaba de La Coruña la expedición de Balmis con diez facultativos y veinticinco niños, portadores del virus brazo a brazo, con sus madres y nodrizas. Estos niños fueron adoptados por el rey Carlos IV como hijos predilectos de la Nación.

\*

La expedición de Balmis llegó a Venezuela en mayo de 1804.

Don Andrés Bello sirvió interinamente la secretaría de la primera Junta propagadora de la vacuna, establecida por indicación de Balmis.

¿Qué méritos de Bello decidieron su nombramiento para el cargo?

Desde muy joven quiso dedicarse a la Medicina, pero la protección del Gobernador don Manuel de Guevara Vasconcelos desvió su actividad hacia la carrera administrativa. A pesar de que sus propósitos habían sido malogrados, perseveró en su empeño, no obstante tener que conformarse con la lectura. La falta de diploma le impedía la consumación de sus deseos, el ejercicio práctico de sus estudios teóricos. Esta frustración es responsable, en parte, de su labor como publicista médico. Escondido en el anonimato de la prensa, así desahogaba ese amor imposible y contrariado: durante treinta años entregó al conocimiento público extractos y comentarios de los informes presentados a las sociedades científicas europeas.

Don Andrés Bello no pretendía ser original. No podía serlo. No era ni siquiera necesario.

En las universidades coloniales la ense-

ñanza de la Medicina sufría la violencia dogmática; todo se reducía al dictado de los aforismos de Hipócrates y para que los candidatos a médicos no incurrieran en transgresiones heréticas los exámenes eran supervigilados por un doctor en Teología.

Se necesitaba formar una conciencia científica. Don Andrés Bello no desmayó hasta conseguirlo.

Este aspecto de su obra educadora no ha sido suficientemente valorado. La historia de la Medicina chilena está en mora con él, porque sólo gracias al sólido conocimiento de las ciencias naturales pudo desarrollarse y florecer. A la disciplina de estas ciencias don Andrés Bello sometió también sus concepciones de la Historia y del Derecho. "Primero es poner en claro los hechos, luego sondear su espíritu, manifestar su encadenamiento, reducirlos a vastas y comprensivas generalizaciones. Las leyes morales no pueden rastrearse sino como las leyes de la naturaleza física, delectando, por decirlo así, los fenómenos, las manifestaciones individuales. Aquéllas, sin duda, nos harán después comprender mejor las individualidades; pero sólo por medio de éstas podemos remontarnos a la síntesis que las compendia y formula. Poner en claro los hechos es algo más que apuntarlos a la ligera en sumarios descarnados, que no penetran más allá de su parte exterior, tangible. Poner en claro los hechos es escribir la historia; y no merece este nombre sino la que se escribe a la luz de la filosofía, esto es, con un conocimiento adecuado de los hombres y de los pueblos, y esta filosofía ha existido, ha centelleado en las composiciones históricas mucho antes del siglo XIX"<sup>7</sup>.

Tal es la exacta magnitud de su influencia en nuestra cultura.

Y no porque su Código Civil haya sido continentalmente ejemplar, las ignoradas actividades médicas de don Andrés Bello deben permanecer en el olvido, tanto menos si por ellas sentía una particular predilección.

\*

Quando se conoció en España el real edicto que ordenaba la expedición de Balmis, la

<sup>6</sup> Humboldt, A. von: *Personal narrative of travels to the equinoctial regions of the New Continent during the years 1799-1804*. London, 1814-29.

<sup>7</sup> Bello, A.: *Bosquejo histórico de la constitución del gobierno de Chile durante el primer periodo de la Revolución. El Araucano*, 1848. En *Obras Completas de Don Andrés Bello*, Santiago de Chile, 1883, vol. VII, pág. 101.

noticia tuvo inmediata resonancia: una prueba más de que la vacuna se había convertido en un fenómeno social.

Así se explica que una musa tan árida fuese capaz de inspirar a los poetas. No tiene nada de extraño si se piensa en los numerosos poemas consagrados a la sífilis entre los últimos años del siglo XV y el primer cuarto del siglo XVI, precisamente, desde que la enfermedad irrumpió con estruendo en Europa, hasta la declinación de sus caracteres pandémicos. La sífilis sacó su nombre del poema que cierra este ciclo literario.

Por cierto que la oda dedicada a la expedición de Balmis por don José Manuel Quintana en 1806<sup>8</sup>, no satisface nuestro gusto: está concebida en una retórica clasicista decadente, atiborrada de alusiones mitológicas de cajón, manida de eufemismos. Culpa fué de la época. Hoy no toleramos eso de que la vaca sea "la esposa dócil del celoso toro":

"... Con tales quejas el Olimpo hería  
cuando en los campos de Albión natura  
el venturoso antídoto oponía.  
La esposa dócil del celoso toro  
de este precioso don fué enriquecida".

Los versos finales de la oda, escritos cuatro años antes del movimiento emancipador americano, son proféticos; a pesar del atuendo megafónico, en ellos vibra una voz libertaria, rebelde, inconformista:

"... Luz que se extingue ya: Balmis, no  
[tornes,  
no crece ya en Europa  
el sagrado laurel con que te adorna.  
Quédate allá, donde sagrado asilo  
tendrán la paz, la independencia hermosa;  
quédate allá, donde por fin recibas  
el premio augusto de tu acción gloriosa ..."

¿Tenía el joven Bello conocimiento de estos versos cuando fue nombrado secretario de la Junta de Vacuna de Caracas? Lo ignoramos. Pero, sin duda, su nuevo encargo le despertó el estro poético, haciéndolo vibrar con la poesía de la ciencia, con la belleza de los adelantamientos. Una inspiración, en cierto modo, futurista. Y escribió su oda

*A la Vacuna*, "poema en acción de gracias al rey de las Españas por la propagación de la vacuna en sus dominios"<sup>9</sup>.

El todavía ignorado poeta esboza al comenzar, en lóbregos perfiles, un cuadro desolador de la viruela. Las ideas que expresa del contagio son las aceptadas en su tiempo:

"Cuando aquel fiero azote, aquella horrible  
plaga exterminadora que, del centro  
de la abrasada Etiopía transmitida,  
funestó los confines europeos,  
a las nuevas colonias trajo el llanto  
y la desolación: en breve tiempo,  
todo se daña y vicia; un gas impuro  
la región misma inficionó del viento;  
respirar no se pudo impunemente;  
y este diáfano fluído en que elementos  
de salud y existencia hallaron siempre  
el hombre, el bruto, el ave y el insecto,  
en cuyo seno bienhechor extrae  
la planta misma diario nutrimento,  
corrompióse y en vez de dones tales,  
nos transmitió mortífero veneno ..."

Después de tan fúnebre proemio, la situación se torna más optimista:

"... Jenner es quien encuentra bajo el techo  
de los pastores tan precioso hallazgo.  
El publicó gozoso al universo  
la feliz nueva y Carlos distribuye  
a la tierra la dádiva del cielo.  
Carlos manda; y al punto una gloriosa  
expedición difunde en sus inmensos  
dominios el salubre beneficio  
de aquel grande y feliz descubrimiento.  
El abre del erario los tesoros;  
y estimulado con el alto ejemplo  
de la regia piedad, se vigoriza  
de los cuerpos patrióticos el celo ..."

El tono alcanza su mayor exaltación cuando se dirige a la comitiva sanitaria:

"... ¡Ilustre expedición! La más ilustre  
de cuantas al asombro de los tiempos  
guardó la humanidad reconocida;  
y cuyos salutíferos efectos,  
a la edad más remota propagados,  
medirá con guarismos el ingenio ..."

<sup>8</sup> Lastres, J. B.: *Historia de la viruela en el Perú*. Imprenta de la Proveduría General de la Administración Civil del Estado, Lima, 1954, págs. 62-64.

<sup>9</sup> Bello, A.: *Poesías*. Op. Cit. Vol. III, págs. 3-11.

“Expedición famosa, tú desluces,  
tú sepultas en lóbrego silencio  
aquellas melancólicas hazañas,  
que la ambición y el fausto sugirieron...

“... Con destrucción, cadáveres y luto,  
marcan su infausta huella los guerreros;  
y tú, bajo tus pies, por todas partes,  
la alegría derramas y el consuelo...”

“... Y la carga más rica nos conduces  
que jamás nuestras costas recibieron...”

Es éste el mismo sentimiento que Alejandro von Humboldt denunciara: cierta amargura resentida a la que, de pronto, disipa una visión edénica del orbe, gracias a la virtud de la vacuna:

“... Ya no teme esta tierra que el comercio  
entre sus ricos dones le conduzca  
el mayor de los males europeos;  
y a los bajeles extranjeros, abre  
con presuroso júbilo sus puertos.  
Ya no temen, en cambio de sus frutos,  
llevar los labradores hasta el centro  
de sus chozas pacíficas la peste,  
ni el aire ciudadano les da miedo.  
Ya con seguridad la madre amante  
la tierna prole aprieta contra el pecho,  
sin temor que le roben las viruelas  
de su solididad el caro objeto.  
Ya la hermosa tribu goza el homenaje  
que el amor le tributa, sin recelo  
de que el contagio destructor, ajando  
sus atractivos, le arrebatte el cetro...”

“... Entonces, cuando el viejo a quien ago-  
[bia  
el peso de la edad pinte a sus nietos  
aquel horrible mal de las viruelas,  
y en su frente arrugada, muestre impresos  
con señal indeleble los estragos  
de tan fiero contagio, dirán ellos;  
—“las viruelas, cuyo solo nombre  
con tanto horror pronuncias, ¿qué se han  
[hecho...?”

Los sucesos de la vida humana que trascienden a la conciencia social se convierten en realidad histórica. Y no es aventurado afirmar que ésta es la única realidad que

inspira al arte, porque las cosas se llenan del hombre en cuanto él las descubre y se dispone a expresarlas. El arte toma de la realidad histórica la quinta esencia, el arquetipo, aquella raíz universal de los sucesos que se implanta en la comunidad de sus testigos. Y así como la historia de una época puede reconstruirse con los vestigios dejados en el arte, el arte viene a ser el mordiente que fija los sucesos a la Historia.

La vacuna evolucionó por las mismas etapas: desde la sabiduría popular al conocimiento científico, y luego, por el vaivén de los fenómenos sociales, fué devuelto de nuevo al inconsciente colectivo, reintegrada como arquetipo del progreso de la ciencia médica. Nada faltaba para encender la fantasía de los poetas; y la vacuna, en el mármol del verso, se hizo Historia.

El joven Andrés Bello estaba, pues, en la zona de luz de los armónicos: resonaba con las exigencias adelantadas de su época.

\*

El Jueves Santo de 1810 triunfó la revolución en Venezuela. El Gobernador, don Vicente de Emparán, tuvo que ceder el mando a la Junta Suprema Conservadora de los Derechos de Fernando VII. Don Andrés Bello fue nombrado secretario de la Junta. Todavía no cumplía los treinta años de edad.

Cuando la Junta de Gobierno recién establecida envió a Londres una comisión compuesta por don Simón Bolívar y don Luis López Méndez, don Andrés Bello los acompañó en calidad de secretario.

Diecinueve años permaneció en Inglaterra y allí templó su espíritu en la doctrina pragmática y positivista. Allí formó su estilo de sobria ejecución que, más tarde, desde el cargo de subsecretario de Relaciones Exteriores de la República de Chile, habría de imponer a nuestra correspondencia oficial gubernativa.

En Londres, don Andrés Bello se interesó por aclarar uno de los problemas de cronología médica más discutidos, la procedencia de la sífilis.

Desde que en 1736 Juan Astruc emitió la hipótesis del origen americano de la sífilis, los historiadores se dividieron en dos bandos: los partidarios de Astruc y los sostenedores de que la sífilis era conocida como enfermedad esporádica en Europa antes del regreso de Colón.

Para cumplir su programa don Andrés Bello se dirigió al British Museum. Colacionó la abundante literatura acerca de la sífilis, acumulada desde la última década del siglo XV. Lo movía un secreto pensamiento: levantar la acusación de la procedencia americana del flagelo. El era, por encima de todo, un ciudadano de América, y como tal, se sentía moralmente afectado. Es lamentable que estos estudios, que lo destacan como uno de los investigadores próceres de la Historia de la Medicina en nuestro Continente, hayan quedado inéditos. Dejó numerosas notas y transcripciones de los textos. Como corolario de su antología documental apunta: "Importa a mi objeto manifestar las contradicciones que se echan de ver en los autores que han tratado de esta materia"<sup>10</sup>. Desgraciadamente, no reunió su trabajo. En todo caso, don Andrés Bello tenía autoridad, ganada en esta disciplina, para recomendar a los jóvenes chilenos: "Aprended a juzgar por vosotros mismos. Aspirad a la independencia del pensamiento. Bebed en las fuentes, a lo menos en los raudales más cercanos a ellas. El lenguaje mismo de los historiadores originales, sus ideas, hasta sus preocupaciones y sus leyendas fabulosas, son una parte de la Historia y no la menos instructiva"<sup>11</sup>.

\*

Don Andrés Bello es el promotor del renacimiento cultural americano que afianzó la emancipación política de estas repúblicas inexpertas. Una profunda erudición enciclopédica, cultivada por ese espíritu suyo naturalmente propenso a la enseñanza, daba seguras garantías de su prosecución. A pesar de sus especialidades literarias, don Andrés Bello desplegó una porfiada diligencia en divulgar las ciencias naturales y sus aplicaciones prácticas. Entre otros numerosos opúsculos científicos, escribió un tratado de Cosmografía en el que se propuso "hacer una exposición tan completa del sistema del universo, según el estado actual de la ciencia astronómica, como lo permitía la limitada extensión"<sup>12</sup> a que se redujo. "El estudio de la naturaleza corresponde a todas las clases

y a todas las condiciones: antorcha de la sociedad en general, alumbrada con su bienhechora luz a todos los ramos de la industria y de las ciencias y desarrolla al mismo tiempo la imaginación del poeta y el juicio del literato, sometiendo sus ideas a ese espíritu de lógica y de método que constituye uno de los principales atributos de las ciencias naturales. La riqueza de un país no consiste siempre en su crédito y en sus recursos pecuniarios: es preciso que, además, sepa proveerse a sí mismo; y cuando haya llegado a tal estado, entonces debe considerarse, no solamente rico, sino también libre e independiente"<sup>13</sup>.

De aquí que propusiera una fundamental reforma de la enseñanza en todos sus grados, dirigida a la participación activa y racional del educando; de aquí que recomendara establecer un gabinete de Historia Natural, con salas destinadas a los cursos y otras independientes para las demostraciones experimentales. Su acuciosidad le exigía mirar a todos los detalles, hasta a las dimensiones y a la distribución de los bancos: "La sala destinada a los cursos debería ser absolutamente independiente de los gabinetes, bastante grande y colocados los bancos a manera de anfiteatro, para que los educandos puedan ver las experiencias que haga el profesor y los objetos que tenga que demostrar"<sup>14</sup>. Era el año 1831. Sólo dos años más tarde habría de fundarse la Escuela de Medicina de la República de Chile e inaugurarse el pabellón de Anatomía en el Hospital San Juan de Dios. Las disecciones se practicaban antes en el Cementerio. Al Padre Charparro debemos la idea de un pabellón de Anatomía y a don José Gregorio Paredes y don Manuel Julián Grajales, licenciado español que vino a Chile como adelantado de la expedición de Balmis, la iniciativa de trasladar la sede de los ejercicios anatómicos. En 1831 ésta era todavía una postergada aspiración. Aprovechando su plan del anfiteatro en el gabinete de Historia Natural, don Andrés Bello propone y denuncia: "Esta sala podría servir también para los cursos de las ciencias médicas, que, sin duda, se han de establecer

<sup>10</sup> Bello, A.: *Opúsculos literarios y críticos*. Op. cit. Vol. VI, págs. XXXVI-LXXXVI.

<sup>11</sup> Bello, A.: *Modo de estudiar la historia*. El Araucano, 1848. Op. cit., Vol. VII, pág. 125.

<sup>12</sup> Bello, A.: *Cosmografía*. Op. cit., Vol. XIV, pág. 1.

<sup>13</sup> Bello, A.: *Sobre el estudio de las ciencias naturales*. El Araucano, 1831. Op. cit., Vol. VIII, pág. 172.

<sup>14</sup> Bello, A.: *Sobre la utilidad de un curso especial de química aplicada a la industria y a la agricultura*. El Araucano, 1831. Op. cit., Vol. VIII, pág. 177.

en la República, porque es probable que las preocupaciones, que por desgracia existen aún entre algunas personas con respecto a esta profesión, en otro tiempo venerada y hoy tan respetada por el mundo ilustrado, tengan término. Entonces se verá a los jóvenes dedicarse a estudiarla con el mismo gusto con que se consagran hoy a la economía política y a la jurisprudencia. En tal caso, el Gobierno no puede dejar esta clase de educandos sin maestros y sin guías, obligados a instruirse por sí mismos y a adivinar de cualquier modo los medios de consolar a la humanidad afligida. No hay profesión más importante y que exija más saber que la Medicina. Sin embargo, ¿qué recursos hay hoy para estudiarla y para adquirir esa suma de conocimientos que el estado de la sociedad tiene derecho para exigir y de los cuales necesita un profesor para ejercer con distinción un arte tan delicado y difícil? Un estudiante abandonado a su solo celo y a sus mediocres recursos no puede adquirir para la práctica más que conocimientos muy superficiales, peligrosos a veces y quizá siempre sospechosos”<sup>15</sup>. En la desidia de dotar a la enseñanza médica de locales más decorosos influía, pues, el menoscabo en que había caído esta profesión.

Fué don Andrés Bello uno de sus más ardientes defensores en Chile. Con qué clarividencia enunció años más tarde, en su discurso de instalación de la Universidad, el 17 de septiembre de 1843, el programa genuinamente nacional que la Medicina chilena habría de cumplir: “La Medicina investigará, siguiendo el mismo plan, las modificaciones peculiares que dan al hombre chileno su clima, sus costumbres, sus alimentos; dictará las reglas de la higiene privada y pública; se desvelará por arrancar a las epidemias el secreto de su germinación y de su actividad devastadora; y hará, en cuanto es posible, que se difunda a los campos el conocimiento de los medios sencillos de conservar y reparar la salud”<sup>16</sup>.

Al fin y al cabo, este programa militaba disciplinadamente en su propósito de redescubrir al hombre americano. La lengua y las costumbres, segregadas del español, pero sometidas a la particular deformación que le imprimieron los moldes humanos en que se injertaron, formaban otros aspectos de su

plan, dirigido a dar fundamentos etnológicos a la nueva realidad así surgida. Y al fin, la historia: “Porque es necesario distinguir dos especies de filosofía de la historia. La una no es otra cosa que la ciencia de la humanidad en general, la ciencia de las leyes morales y de las leyes sociales, independientemente de las influencias locales y temporales y como manifestaciones necesarias de la íntima naturaleza del hombre. La otra es, comparativamente hablando, una ciencia concreta, que de los hechos de una raza, de un pueblo, de una época, deduce el espíritu de esa raza, de ese pueblo, de esa época, no de otro modo que de los hechos de un individuo deducimos su genio, su índole. Ella nos hace ver en cada hombre-pueblo una idea que progresivamente se desarrolla vistiendo formas diversas que se estampan en el país y en la época: idea que, llegada a su final desarrollo, agotadas sus formas, cumplido su destino, cede su lugar a otra idea, que pasará por las mismas fases y perecerá también algún día; no de otro modo que el hombre-individuo diversifica continuamente sus deseos y sus aspiraciones desde la cuna hasta el sepulcro, desenvolviéndose en cada edad nuevos instintos que le llaman a objetos nuevos”<sup>17</sup>.

\*

“La fe de un siglo es el anatema del siguiente”<sup>18</sup>. Lo decía por el espectáculo de su tiempo: aquel extraño y agitado siglo XVIII del que Europa venía saliendo, ya definitivamente sepultado. Si desde el punto de vista político sus consecuencias se habían dejado sentir en las colonias americanas, poco o nada repercutieron los adelantos científicos sobre ellas. No hay un período más contradictorio en la historia de la Medicina que ese siglo. Es la época de la resurrección de los sistemas, pero también la que formó los expedientes de la Anatomía Patológica, de la Fisiología y de la Semiología. Entonces se expande el horizonte nosográfico, se enriquece la clínica, y la cirugía se incorpora a la Medicina para siempre.

Conocedor de tales progresos, don Andrés Bello comprendió que era necesario propagarlos aquí, como una salida a la modalidad

<sup>15</sup> Bello, A.: Id.

<sup>16</sup> Bello, A.: *Discurso de instalación de la Universidad de Chile, 1843*. Op. cit., Vol. VIII, pág. 312.

<sup>17</sup> Bello, A.: *Modo de escribir la historia. El Araucano, 1848*, Op. cit., Vol. VII, pág. 11.

<sup>18</sup> Bello, A.: Id.

insular de nuestra convivencia naufragada, como un despertar a la civilización no compartida. "Fomentar los establecimientos públicos destinados a una corta porción del pueblo no es fomentar la educación; porque no basta formar hombres hábiles en las altas profesiones; es preciso formar ciudadanos útiles, es preciso mejorar la sociedad y esto no se puede conseguir sin abrir el campo de los adelantamientos a la parte más numerosa de ella"<sup>19</sup>.

Por aquel tiempo no existía entre nosotros el periodismo médico. La primera revista médica chilena comenzó a editarse en 1869 y apenas duró catorce números. Pero ya cerca de medio siglo antes don Andrés Bello se había convertido en su adalid. Nada le importó el carácter de la publicación; necesitaba una tribuna: primero, desde la *Biblioteca Americana* y el *Repertorio Americano*, que vieron la luz en Londres, y después, desde *El Araucano*, en Chile. En 1823 traduce al español en la *Biblioteca Americana* dos largos informes acerca de la vacuna y de la diferencia genérica entre la varicela y la viruela<sup>20</sup>. Volvió sobre el mismo tema en las columnas de *El Araucano*, en 1847<sup>21</sup>. Entre los años 1832 y 1851 dedica seis artículos al cólera, el último de los cuales es tan extenso que constituye una monografía<sup>22</sup>. En 1832 divulga el nuevo tratamiento del bocio con yodo, comunicado por Coindret en 1820 a la Sociedad Helvética de Ciencias Naturales<sup>23</sup>. Don Andrés Bello discurre en estos artículos con llaneza didáctica, pero sin hacer concesiones a la ignorancia de los lectores; es como si hablase a los médicos.

\*

No hay problema sanitario de actualidad que le sea indiferente. En 1842 estudia la organización de los hospitales de Santiago y "en cuanto al hospital de San Juan de Dios, aunque originalmente construido con bastante solidez y extensión para su destino y la población de aquel tiempo (el Hospital, fundado por don Pedro de Valdivia, databa de mediados del siglo XVI y fué demolido

<sup>19</sup> Bello, A.: *Educación. El Araucano*, 1836. Op. cit., Vol. VIII, pág. 220.

<sup>20</sup> Bello, A.: *Opúsculos científicos*. Op. cit., Vol. XIV, págs. 223-233.

<sup>21</sup> Bello, A.: Id. págs. 435-472.

<sup>22</sup> Bello, A.: Id. págs. 473-553.

<sup>23</sup> Bello, A.: Id. págs. 289-295.

en 1944), el incremento de enfermos que hemos indicado antes, lo hace igualmente estrecho. Tampoco puede considerarse como un hospital en forma o construido según las reglas del arte, unidas a los adelantamientos que en esta parte ha proporcionado la ciencia. Contraria a ella es, por ejemplo, su falta de ventilación y forma de crucero... Creemos, pues, que en lugar de ensancharse, este hospital debe ser edificado igualmente de nuevo. (Sólo en 1954 fue habilitado el actual edificio en el barrio de la Quinta Normal de Agricultura). En tal caso, proponemos por nuestra parte la venta de los terrenos que ocupan los Hospitales de San Juan de Dios (el avalúo fue de \$ 53.699.650 en 1947) y San Borja (que abrió su puertas en 1782) y la adquisición de un buen local para estos mismos Hospitales reunidos, que podría obtenerse a un bajo precio en los barrios de la Recoleta o la Chimba (donde se inauguró la nueva Escuela de Medicina en 1889, que se está reconstruyendo después del incendio de 1948) y que serían al mismo tiempo los más convenientes para situar estos establecimientos con ventaja de ellos y sin perjuicio de la salubridad pública, como sucede al presente. Se concibe desde luego que, con la venta de los sitios y materiales de los hospitales mencionados, habría un exceso considerable sobre la compra de otro local, para destinarse a la construcción de los nuevos edificios y para cubrir a lo menos la mitad de su costo, si se atiende al alto precio a que han subido en La Cañada los terrenos y el pequeño valor que tienen actualmente en el barrio de la Chimba"<sup>24</sup>.

\*

Queremos pagar la deuda contraída. Queremos esta reparación justiciera. La Medicina chilena, inspirada en la ferviente visión de su futuro, sabe por don Andrés Bello que "la ciencia, como la naturaleza, se alimenta de ruinas; y mientras los sistemas nacen y crecen y se marchitan y mueren, ella se levanta lozana y florida sobre sus despojos y mantiene una juventud eterna"<sup>25</sup>.

<sup>24</sup> Bello, A.: *Hospitales. El Araucano*, 1842. Op. cit., Vol. VIII, págs. 253-257.

<sup>25</sup> Bello, A.: *Modo de estudiar la historia. El Araucano*, 1848. Op. cit., Vol. VII, pág. 124.